

## IX

El marqués de Malouet á Pablo B.,  
en Paris.

*Castillo de Malouet, 20 Octubre.*

Señor, es para mí un deber de tanto imperio, como penoso, referirle los hechos que han dado ocasión á la desgracia suprema de que ya tiene noticia, desgracia que ha colmado el tormento de nuestras almas, ya tan cruelmente castigadas.

Bien sabe, señor, que algunas semanas, pocos días, bastaron á la marquesa, mi esposa, y á mí, para conocer, para apreciar á vuestro amigo, para testimoniarle un eterno afecto que bien pronto había de trocarse en pesar inmenso.

Nada diré de las tristes circunstancias que han precedido á esta postrera catástrofe. No ignora usted, bien lo sé, ni un detalle de la fatal pasión que habían inspirado á una desgraciada joven los méritos y las cualidades que ahora lloramos. Nada diré de las escenas de duelo

que siguieron á la muerte de la señora de Palma. A otro duelo están ya confundidas en nuestro recuerdo.

La conducta del señor L. en estos tristes días, la sensibilidad profunda y, al mismo tiempo, la elevación moral no desmentida por un sólo acto, habían acabado de conquistarla nuestros corazones. Yo hubiera querido que hubiese regresado sin perder momento á vuestro lado; quería alejarle de este lugar desolado, quería conducirle yo mismo á vuestros brazos, ya que un deber os retenta en Paris; pero él se había impuesto la obligación de no abandonar tan pronto los restos de la infortunada.

Le habíamos obligado á volver al castillo y le atendíamos con solicitud. No salía más que una vez cada día para hacer una piadosa visita. Su salud se alteraba visiblemente. Anteayer por la mañana, la marquesa le rogó que nos acompañara, al señor Breuilly y á mí, á dar un paseo á caballo. Consintió, aunque con pena. Partimos. Por el camino se esforzaba por tomar parte en las conversaciones que iniciábase para distraerle. Le vi sonreír por vez primera desde hace días y comencé á esperar que el tiempo, la fuerza del alma y los cuidados de la amistad, calmarían sus recuerdos.

Al regresar, un azar deplorable nos puso frente á frente del señor de Mauterne. Este iba á caballo: dos amigos y dos señoras le acompa-

ñaban. Llevábamos la misma dirección, pero ellos caminaban más ligeros; pasó por nuestro lado, saludando, y nada observé que pudiera llamar la atención. Quedé, por tanto, muy sorprendido al oír al señor de Breully murmurar entre dientes:

—¡Es una infamia vergonzosa!

Vuestro amigo, que en el momento del encuentro había palidecido, miró con viveza al señor de Breully.

—¿A qué se refiere usted?

—A la insolencia de ese fatuo.

Intervine, reprochando al señor de Breully su manía de buscar querella y afirmando que no había habido el menor asomo de provocación, ni en la actitud ni en la mirada del señor de Mauterne.

—Amigo mío—replicó el señor de Breully,—decididamente tenía usted los ojos cerrados; si no se hubiera usted fijado como yo en la sonrisa burlona con que ese miserable ha querido ofender á este señor. No sé por qué quiere que el señor soporte un insulto que ni usted ni yo soportaríamos.

No estaba acabada esta frase imprudente, cuando Jorge había puesto su caballo al galope.

—¿Estás loco?—dije á Breully, que trataba de contenerme.

—Amigo mío, es preciso distraer á ese joven á toda costa.

Me encogí de hombros y espoleé al caballo para alcanzar á Jorge; pero su caballo era más ligero que el mío y me llevaba delantera considerable. Me separaba de él unos cien pasos, cuando se acercó al señor de Mauterne, que al verle llegar había detenido su caballo. Me parece que cambiaron algunas palabras, y en seguida vi á Jorge golpear con furia indecible con el látigo el rostro del señor de Mauterne.

Breully y yo llegamos en el preciso momento de impedir que esta escena tomara un carácter vergonzoso.

El encuentro era inevitable y tuvimos que entablar las negociaciones previas con los dos amigos que acompañaban á Mauterne, los señores Quilroy y Astley, este último inglés.

La elección de armas pertenecía, sin duda alguna, á nuestro adversario. Sin embargo, viendo á sus padrinos vacilar entre la espada y la pistola, pensé que con un poco de habilidad podríamos hacerlos decidir en el sentido que nos fuera menos desfavorable. Consultamos á Jorge, quien se decidió inmediatamente por la espada.

—Usted tira muy bien á pistola—le dijo el señor de Breully. ¿Tiene usted más seguridad en la espada? No se engañe usted, por Dios, porque es un combate á muerte.

—Estoy convencido—respondió sonriente;—pero me decido por la espada.

—Ante la expresión de un deseo tan formal, no dudamos que sería una ventaja conseguir que se eligiera este arma. En efecto, así se acordó y el lance quedó fijado para las nueve de la mañana del día siguiente.

El resto del día lo pasó Jorge bromeando tan de buena gana, que todos quedamos sorprendidos y más que nadie la marquesa. Mi pobre mujer no sabía absolutamente nada de lo ocurrido.

A las diez se retiró á sus habitaciones y dos horas después aún vi luz en su ventana. Impulsado por mi vivo afecto y por una vaga inquietud que me perseguía, entré en su alcoba poco antes de media noche: le encontré muy tranquilo; acababa de escribir y ponía el sello en algunos sobres.

—Ya está—me dijo entregándome los papeles;—ahora que no tengo nada que hacer, voy á dormir como un bendito.

Creí de mí deber darle algunos consejos técnicos sobre el manejo del arma de que muy pronto tendría que servirse; me escuchó distraidamente; después extendió hacia mí el brazo, diciendo:

—Tómeme usted el pulso.

Le obedecí y me aseguré de que su calma y su animación no tenían nada de afectada ni de febril.

—En esta disposición—añadió,—no se puede

morir más que cuando se busca la muerte. Buenas noches, querido marqués.

Le abracé y me fui.

Ayer, á las ocho y media, estábamos reunidos, Jorge, el Sr. de Breuille y yo, en un camino apartado que había sido elegido para el duelo. Nuestro adversario llegó poco después con sus padrinos. El carácter del insulto no admitía ninguna tentativa de reconciliación. Se procedió inmediatamente al combate.

Apenas Jorge cayó en guardia, adquirimos la convicción absoluta de su inesperienza en el manejo de la espada.

El señor de Breuille me miró con asombro. Sin embargo, cuando los aceros se cruzaron hubo una apariencia de combate y de defensa; pero al tercer ataque, Jorge cayó con el pecho atravesado.

Me precipité sobre él: ya agonizaba. Sin embargo, me estrechó débilmente la mano, sonrió y me manifestó, con voz apenas perceptible, su último pensamiento, que fué para usted.

—Diga usted á Pablo que le amo, que le prohibo tomar venganza, que muero... feliz.

Espiró

No añadiré nada á este relato.

Ha sido muy largo, me ha costado mucho; pero os debía esta cuenta fiel y dolorosa.

He creído también que vuestra amistad quería seguir hasta el último instante á este hom-

bre que nos fué tan querido. Ahora lo sabe usted todo y todo lo comprenderá, hasta mi silencio.

Jorge reposa cerca de ella.

Usted vendrá, seguramente; le esperamos. Lloraremos con usted á estos seres amados, los dos buenos y los dos heridos por la pasión y arrebatados por la muerte con rapidez en medio de las más alegres fiestas de la vida.

FIN